



PQ6613
A5
T7
V.2

**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

J. Góngora, Impresor. MADRID. San Bernardo, 85.

TRABAJO CUARTO

Pío Cid emprende la reforma política de España.

Yo tenía pensado ir á Granada á pasar las fiestas del Corpus al lado de mi familia; pero al saber que Pío Cid iba á Aldamar con motivo de su elección, y que se detendría algunos días en Granada, me decidí á adelantar mi viaje para ir con él, sin otra mira que la de nuestra desinteresada amistad. Fué cosa convenida en la Redacción de *El Eco* en menos que se dice.

—¿Qué quieres para Granada?—me preguntó, tuteándome por primera vez, aunque á poco de conocernos comenzamos á tratarnos con gran confianza.

—Lo que quisiera—le contesté—seríairme contigo. Si fuera tres semanas después, hacíamos juntos el viaje.

—Pues figúrate—me replicó—que ya han pasado las tres semanas. Yo me alegraría de que vinieras, porque te advierto que me voy á encontrar en Granada como un forastero, al cabo de tantos años de haberla perdido de vista. Sé poco más ó menos lo que allí pasa, y que algunos de mis compañeros de estudios

son ahora los directores del cotarro, y lo que no lo sé me lo imagino y quizás salgo ganancioso. Pero á mí no me recordará nadie; primero, porque valgo poco, y segundo, porque, aunque valiera, nuestros paisanos no se distinguen por su buena memoria.

—Eso era antes—le dije yo.—Ahora van aprendiendo á recordar el mal que les hacen, y pronto aprenderán á recordar el bien, y nada habrá ya que pedir.

—De todos modos—insistió él,—me agrada-
ría que fuéramos juntos, porque le tengo horror á los trenes, y con un buen amigo como tú, las veinticuatro mortales horas pasarían volando en gustosa conversación.

—No me lo digas dos veces, que se me está haciendo la boca agua, y soy capaz de enviar á paseo á la Redacción plena, aunque me cues-
te un disgusto con Cándido Vargas, que está estos días insufrible.

—A Cándido—me dijo—no le temas, que en queriendo yo le vuelvo lo de adentro fuera como un colozón.

—Como un calcetín querrás decir—rectifi-
qué yo.

—No he querido decir calcetín—insistió él,
—sino colozón. Calcetín se dice de un cual-
quiera, y como yo estimo á Cándido, le he buscado un término de comparación menos deprimente.

—Pero ¿qué es eso del colozón?—pregun-
té yo.

—Es un animal—me contestó él,—ó más propiamente hablando, un embrión de animal semejante á un saquito ó calcetín microscópico, que lo mismo vive al haz que al revés, porque ni tiene haz ni revés. Lo único que tiene es boca, órgano primero, fundamental y característico de todos los animales, incluso el hombre.

—Acaba de una vez—dije yo, que hasta entonces no tenía la menor noticia de que hubiera en el mundo colozones y que aun ahora no las tengo todas conmigo, á pesar del respeto que me inspiró siempre la palabra de Pío Cid.—Pero dejando á un lado este escarceo zoológico, lo que á mí me retiene en Madrid no es sólo el temor de que Cándido Vargas eche los pies por alto, sino el compromiso que he adquirido de acabar para fines de Mayo la cargante serie de artículos que estoy escribiendo sobre «La cuestión obrera», y que, según parece, llaman algo la atención.

—¡Cómo! ¿Eres tú el autor de esos artículos?—me preguntó con aire de extrañeza.—Pues, hijo, te compadezco por el mal rato que te has dado. Yo los he leído por encima, y después de reconocer que estás enteradísimo de la dichosa cuestión, te aseguro que estás tocando el violón con tu socialismo armónico. Déjate de armonías y vente conmigo, y en el viaje te resolveré yo la cuestión social y todas las cuestiones que quieras. ¿Convenidos?

—¿Qué hemos de hacer?—contesté yo.—
Convenidos.

Esto ocurría por la tarde, y Pío Cid se despidió de mí para ir á casa de los Gandaria, donde tuvo con Consuelo la interesante entrevista de que el lector está enterado.

Por la noche nos encontramos de nuevo, conforme habíamos concertado, en la estación de Atocha, y salimos en el correo de Andalucía. Ni él ni yo habíamos querido que nos acompañara nadie, y como sólo llevábamos un ligero equipaje de mano, nos acomodamos sin tardanza en un coche de segunda, y yo me asomé á la ventanilla para que no entraran más viajeros. Sin embargo, mi inocente estrategia surtió efecto contrario, porque á última hora, cuando el tren estaba atestado de gente, se nos metió una cuadrilla de toreros, y por si no bastaran, dos viajeros más que hablaban en francés, aunque parecían españoles. Yo me eché á temblar, porque, aunque me gustan los toros, me fastidia la jergonza tauromáquica: pero Pío Cid no tardó en trabar amistad con la gente torera y en discutir sobre si fué buena ó mala la última corrida, á la que él había asistido con toda su familia para celebrar el cobro de los cien duros que le dió el editor de *El Médico de los pobres*; libro que, si otro mérito no tuviera, tuvo el de ser escrito en quince días y el de suministrar fondos para el viaje electoral. Por fortuna, los quites, pases, volapiés y go-

lletazos concluyeron en Alcázar, donde la cuadrilla se apeó para tomar el tren de Valencia, y entonces nos quedamos más anchos y pudimos entablar una conversación más interesante con los otros dos viajeros. Eran dos americanos, uno de Guatemala y otro de Honduras: el primero viajante de comercio por cuenta de una casa francesa, y el segundo estudiante de Medicina en París, el cual, terminados sus estudios, venía á dar un vistazo á España antes de volver á su tierra. El hondureño, que se llamaba Fernando Ramírez, gran hablador y muy campechano, había tenido el feliz acuerdo de traer una bota de vino tinto, que todos empinamos repetidas veces y que á cada nuevo saludo afianzaba más nuestra amistad. Yo troné contra los hispano-americanos que vienen á estudiar á Europa y no se acuerdan de España, y Ramírez se defendió como pudo, diciendo que los estudios en España no estaban á la altura que debían estar, y que la vida de París era más libre que la de Madrid; y de paso nos refirió sus proezas en el barrio Latino y el feliz ensayo de vida matrimonial que había realizado con una costurera muy graciosa, á juzgar por el retrato que nos enseñó. A pesar de todo, Ramírez demostraba grandes simpatías por España y lamentaba no haber venido á pasar un año al menos en un país en que se hallaba como en su casa. Pío Cid le convenció con mil pruebas de que nuestros estudios médicos eran quizás

lo mejor que teníamos, y de que en punto á libertad de costumbres cada uno tiene la que se quiere tomar; y por último, le dió una carta, escrita con lápiz, para un amigo de Sevilla, á quien recomendaba con gran interés que atendiera á los dos viajeros, los cuales tenían pensado ir á Sevilla y venir después á Granada para el Corpus.

En Córdoba nos quedamos solos, sin que entraran nuevos viajeros hasta cerca de Granada, y en el trayecto tratamos de muchos pormenores insignificantes y de otros que tienen algún valor, porque justifican en parte á Pío Cid de haber emprendido un viaje que, dado su modo de pensar, á nada bueno podía conducir.

—No comprendo—le preguntaba yo—cómo se te ha ocurrido meterte en estas andancias, pues por compromiso personal no puede ser, ni por ambición tampoco, ni menos para sacar los pies del plato en pleno Parlamento, que no otra cosa sería exponer allí tus ideas políticas.

—Hay cosas fáciles de comprender y penosas de explicar—me contestó,—y una de ellas es mi elección. Sin meterme en más honduras, te diré, que si soy elegido, no sólo no despegaré los labios, ni aceptaré ningún puesto, sino que ni siquiera concurriré á las sesiones. A mi parecer, los diputados son inútiles, y creo prestar un servicio á la nación trabajando para que haya un diputado menos, puesto

que si yo lo soy es lo mismo que si no lo fuera.

—Esa es una tontería indigna de ti—le repliqué;—y luego, que no se trata sólo de la nación, sino de tu distrito, de tu pueblo, al que perjudicarías dejándolo huérfano de representación.

—Te hago gracia de la orfandad—me dijo;—mi pueblo sólo apetece que le rebajen la contribución, y esto no lo podría yo conseguir aunque me desgañitara. En realidad, yo no llevo ninguna idea política, porque no me gustan los cargos decorativos, y en política todo es decoración. Y puesto que deseas que te explique lo que no quería explicar, te diré que lo que á mí me agrada en el cargo á que sin empeño ninguno aspiro, es el prestigio social de que todavía está rodeado, porque en nuestra sociedad las faltas contra las costumbres establecidas son tanto más toleradas, cuanto más alto está el que las comete. Los que insultan al pequeño, ríen la gracia al mediano, y al grande le dan la razón y aun le admiran. Yo no doy gran importancia á la murmuración, pero ya que murmuren, mejor es que lo hagan respetándome que no ofendiéndome á mí, y lo que es peor, á quien vive conmigo. Así, pues, si algún instante he sentido deseos de ser algo exterior, no es por interés ni vanidad, es sólo para seguir haciendo lo mismo que hago y obligar á la sociedad á que me respete.

—No es posible hablar más claro—le dije yo—ni con mayor acierto tampoco. Desde que conozco tu manera de vivir estoy algo caviloso pensando el pro y el contra que puede tener, y lo que me retiene aún y me impide decidirme á hacer lo que tú, es el temor á los sermoneos de la gente sensata. Con una persona de gran prestigio, aun los más osados se contienen y le dejan vivir en paz; pero con nosotros, conmigo más que contigo, cualquiera se creería autorizado á intervenir, llamándome joven alocado é inexperto y dando cuenta á mi familia para que me aplicaran unos cuantos azotes. Esto no significa gran cosa; pero á nadie le gusta recibir un soplamocos, y por añadidura verse obligado á dar explicaciones para justificar que lo que se hace no se hace á tontas y á locas, sino con reflexión; de suerte que si hubiera en ello disparate, el disparate sería meditado y reflexivo, y por lo tanto, tan digno de respeto como la idea más sensata.

—Empiezas á pensar y á hablar como un hombre—me interrumpió Pío Cid.

—Por lo dicho—proseguí,—me parece excelente tu idea de subir, para ponerte fuera de tiro; y si yo pudiera hacerlo, no tardaría en liarme la manta á la cabeza, porque, después de todo, la pobreilla Anita lo merece.

—¿Qué casta de pájaro es esa muchacha, de la que nunca me has hablado?—me preguntó, comprendiendo que yo estaba deseoso de des-

ahogarme y de confiarle el cuento de mis amoríos.

Aquí tomé yo la palabra y hablé no sé cuánto tiempo, dos ó tres horas, sin que él me interrumpiera.

Mi historia, ahora que la recuerdo como algo que pasó, que murió, se me figura que la puedo explicar en dos ó tres minutos. El padre de Anita era maestro albañil, y en una época de paranza se fué á buscar trabajo y no volvió á dar cuenta de su persona. Las diligencias que se hicieron para averiguar qué había sido de él, no dieron ninguna luz. Y al cabo de ocho años su mujer seguía ni viuda ni casada, ganándose penosamente la vida ella y los dos hijos que le habían quedado, de los cuatro que tenía al desaparecer el marido. Anita era sastra, chalequera, y Joaquinito aprendiz de cajista en la imprenta de *El Eco*, aunque no era seguro que pudiera seguir este oficio porque la vista le flaqueaba. La casualidad me hizo conocer á Anita; vivíamos en la misma casa, ella en el último piso, en un cuarto abuhardillado, de muy poco alquiler, y yo en el primero, donde tenía una habitación sólo para dormir, porque entonces comía á salto de mata. Yo empecé á subir algunos ratos á casa de Anita, é insensiblemente nos fuimos ligando, sin saber adónde iríamos á parar. No éramos novios, ni éramos amantes, ni amigos á secas, puesto que Anita había despedido á un medio novio que tenía sólo

porque yo se lo dije bromeando. Con el tiempo me acostumbré á subir á almorzar, y muchos días iba también á comer, y aunque no habíamos convenido nada, yo les daba parte de mi sueldo. Algunas veces Anita me decía que con lo que yo gastaba en cuarto inútil y en comer fuera de casa se podría montar un piso muy decente, con lo cual todos ganaríamos; pero luego añadía que esas eran sólo suposiciones. «¡Buena es la gente—exclamaba—para no sacarnos el pellejo al ver que vivíamos juntos!» Mas viviendo separados ocurrió lo mismo que si hubiéramos vivido juntos. Murmuraron antes sin motivo, y murmuraron después con él, porque las mismas murmuraciones, unidas á la flaqueza de nuestra constitución, nos pusieron en el despeñadero por donde caímos los dos, sin sentir miedo y sin hacernos ningún daño. Doña Gracia, como buena madre, cerró los ojos para no ver lo que pasaba, y Joaquinito, aunque lo comprendía todo, no le dió mayor importancia, porque aún era muy muchacho, y más interés tenía para él que le dejasen unos cuantos céntimos para pitillos, que lo que pudiera padecer el honor de su pobre hermana.

Esta era la verdad en pocas palabras; pero yo adorné la historia con todas las circunstancias que podían hacer resaltar la belleza y la gracia de Anita y su honestidad y modestia, que, á pesar del paso que había dado, eran ejemplares. No se había dejado llevar de la

afición al lujo, ni del amor á la holganza, pues ahora como antes trabajaba cuanto podía, y vestía con sencillez; su único deseo era quizás salir de la clase obrera casándose con un hombre fino, instruído y bien educado; y como esto no era fácil que viniera por el camino derecho, Anita se decidiría á echar por el atajo, para ver si con el tiempo lograba cautivarme. Y quizás, pensando más noble y piadosamente, no hubo cálculo en su proceder, sino amor puro y arrebatado juvenil; y esto es lo que yo creería, aunque me tomasen por simple y bobalicón, si no fuera porque en los juicios sobre las mujeres hay que dejar siempre un ancho margen para apuntar junto á los rasgos más bellos y nobles algún asomo de doblez ó alguna leve perfidia.

Cuando concluí de relatar mi aventura llegábamos á Loja, y como nos quedaba poco tiempo que estar juntos, hablamos de cómo habíamos de vernos en Granada. Yo le ofrecí mi casa, pero él no aceptó de ningún modo, diciéndome que el undécimo Mandamiento de la ley de Dios es «no incomodar», y que esto lo sabía por un criado viejo que hubo en su casa, que, aunque no sabía leer ni escribir, tenía un entendimiento muy despejado y era un archivo de útiles sentencias.

—Iré á parar—me dijo—adonde fuí la última vez que vine á Granada cuando mi hermana murió. La casa no es de muchas campanillas, pero la conozco, y sé que Doña Pilar

me admitiría, aunque no tuviera sitio y se viera obligada á echar á la calle á su yerno.

—¿Está esa casa en la calle de Párraga?—le pregunté.—Pues entonces la conozco de sobra. Como que iba á estudiar con unos compañeros que vivían allí; hace de esto la friolera de quince años. Conozco á Doña Pilar y á su hija Jesusa, y al bribonazo del yerno, que desde que se casó no ha metido una peseta por las puertas, según le dice su suegra siempre que se agarran de palabras. No es mala esa familia; pero si quieres que te diga, en las condiciones en que tú vas ahora no debías hospedarte en una casa tan modesta.

—Eso no importa—me contestó.—El caso es que yo trato á esa gente desde que era estudiante, pues estuve de huésped algunas temporadas cuando mi familia se iba al pueblo, y como me fué muy bien, no quiero variar. Y luego, que yo no voy á recibir visitas. Ahora pararé sólo un día ó dos, y á la vuelta será cuando nos dedicaremos á corretearlo todo, como si estuviéramos en nuestros buenos tiempos estudiantiles.

Llegamos, pues, á Granada, y yo acompañé á Pío Cid hasta su domicilio, donde le acogieron como si fuera de la familia. Yo me detuve un instante para saludar á mis antiguos conocidos, y en el mismo coche seguí hasta mi casa, deseando ver á la mía y descansar del traqueteo y movimiento del incómodo viaje. Pero Pío Cid, aunque eran más

de las diez de la noche, pues el tren había llegado con retraso, no quiso acostarse sin estirar las piernas, y como era gran andador, dió un largo paseo de dos horas. Echó por los Salones, subió por la Cuesta de Molinos, Vistillas, Caidero, á la Alhambra; bajó por la Cuesta de los Muertos, y entró en la ciudad por la Carrera de Darro, tan campante como si nunca se hubiera movido de la población. Al día siguiente, al amanecer, se levantó, y fué por el camino de Cenes á una huertecilla ó cermen de la Ribera de Genil, en busca de un antiguo amigo de su casa, llamado el tío Rentero, en cuya compañía fué á Aldamar cuando trajo á enterrar á su hermana y sobrinilla. El tío Rentero era de Bubión ó de uno de los Mecinas, y conocía palmo á palmo casi toda la provincia de Granada y parte de la de Almería, en particular las Alpujarras, por las que había trajinado mucho antes de dedicarse á la labor. Cuando la filoxera y otras calamidades comenzaron á cebarse en esta pobre comarca, muchos alpujarreños tuvieron que emigrar para no morir de hambre, y algunos cayeron sobre Granada, pocos menos que pidiendo limosna. El tío Rentero, que conocía á los Cides, vine á pedirles colocación, y tuvo la suerte de hallar á mano una huertecilla en la Ribera, que para él, acostumbrado á labrar cuatro míseros terrones, valía más que la mejor finca de la Vega. El padre de Pío Cid le fió para que le dieran la

huerta en arrendamiento, y le adelantó el dinero para las mejoras, y el tío Rentero se acomodó en ella con su mujer y seis hijos que traía, sin contar otros seis que se había dejado regados en diversos pueblos de la provincia.

No se crea, sin embargo, por este indicio, que el fecundo padre de familia era una persona de grave aspecto; según parece, se libró de quintas por corto de talla, y ahora que era viejo se había quedado más engurruido aún; pero era más listo que una ardilla, muy trabajador y muy formal en sus tratos cuando estaban hechos, porque antes de hacerlos procuraba engañar á quien podía. En suma: era un vejete muy estimable y de fisonomía muy alegre y simpática, bien que tuviera la calamidad de que le lloraban los ojos, porque las pestañas le salían para adentro; de vez en cuando tenía que sacar de la faja un gran pañuelo que para el caso llevaba, y después de doblarlo y enrrollarlo para que estuviese muy estirado, se lo aplicaba á los ojos, irritados y encendidos del continuo lagrimeo. Sin esta circunstancia, el tío Rentero sería un hombrillo que nada tendría que pedir á Dios.

Cuando Pío Cid entró en la placeta de la huerta, le halló ocupado con dos de sus hijos en preparar unas cuantas canastas de berza para enviarlas á la plaza. Otro de los hijos estaba llenando de habas unos serones, puestos sobre un paciente borrico, para ir á vender-

las por las calles, pregonándolas á grito pedado. Por cierto que á este Renterillo, oyéndole vocear los «jabarillos, los de güerta!», nadie le tomaría por alpujarreño, pues á fuerza de pregonar había perdido el dejo forastero, que á todos los demás de su casa se les conocía. Por último, la tía Rentera, sentada en los poyos de la placeta, arreglaba unas cesticas de fresa que el habero iba á llevar á algunas casas conocidas, donde las pagarían bien.

—¡Dichosos los ojos!—exclamó el tío Rentero, viendo llegar á Pío Cid, y adelantándose á estrecharle la mano.—Ayer mesmo, que lo diga mi mujer, estuvimos hablando de osté. ¿Cómo va esa salud? ¿No sus decía yo? Si D. Pío viene á Graná, no es incapaz de pasarse de largo sin venir á vernos. Vaya, vaya, ¿conque esas tenemos? Osté ca día más alto, más alto. ¡Ajolaíca que le veamos á osté de ministro mu pronto!

—Por lo visto—interrumpió Pío Cid, al mismo tiempo que saludaba á toda la familia,—ha llegado la noticia antes que yo; pero no hay que sacar las cosas de quicio; eso todavía no es nada, hay que ver si sale cara ó cruz.

—Entoavía—dijo el Rentero,—vaya que me dejo yo cortar el pescuezo si osté no sale con bien de la elección. Yo se lo digo á osté, que no soy un niño de teta.

—Pues usted lo ha de ver por sus propios

ojos—dijo Pío Cid,—porque yo vengo á decirle que mañana temprano, sin falta, vaya usted con los dos mulos á buscarme, y allá vamos los dos como flechas á Aldamar. Y después que salgamos del paso, tiene usted la gran ocasión para hacer una correría y ver á algunos parientes; de seguro los tendrá usted por allí alrededor, porque los tiene desparramados por dos ó tres provincias.

—Le diré á osté—contestó el tío Rentero;—como parientes, sí que los hay; pero hay parientes de parientes, y pa mí mis parientes son mis hijos, que son el ciento y la madre. Mi Benardo, que estaba en la Rabiola, se ha venío á Güejar de la Sierra, donde le dieron un cortijillo de verano que no da ni pa matar la jambre. Lo que es que nusotros, manque mus esté mal el decillo, semos de piedra javaluna. Osté no sabe la juerza que da esta rastra maldecía de los hijos, y mi Benardo tiene ya seis y encargao el de siete y lo que mande Su Divina Majestá. Como no sea que mus alarguemos jasta Seronete..... Allí está la Polonia, que la probetica pasa lo suyo. Como que el marío se fué á Orán á cambiar de bisiesto, y esta es la hora que no ha resollao. Pero deje osté mi familia, que lo prencipal es su pleito.

—Bueno—dijo Pío Cid,—pero usted no sufrirá ningún trastorno; esto por sabido se calla. Yo me he acordado de usted porque como tiene en casa un ejército, aunque falte unos cuantos días no quedará esto abandonado.

—De eso no hay que hablar—dijo el tío Rentero.—Osté es aquí el amo, y como si viniera el rey mesmo. Que el que no es agradeoío no es bien nació, y yo soy lo que soy por quien lo soy, y yo y toda mi gente estamos aquí pa servir á osté jasta la fin del mundo.

—Y ¿qué tal—preguntó Pío Cid,—qué tal va la labor?

—Toos se quejan—contestó el tío Rentero,—y la verdá es que hay que suarlo, créame osté; pero cuando ya se le han visto las orejas al lobo, se tiene pacencia; y lo que es yo, no salgo de aquí jasta que me lleven con los pies pa alante.

—Si viera osté, D. Pío—interrumpió la tía Rentera, deseosa de meter baza,—lo contenta que estoy yo, sólo por darle en los jocicos á muchos que han hablao por detrás de mi marío: que si no paraba en ninguna parte porque era un culillo de mal asiento, que si no sabía más que echar plantas, que si qué sé yo; á ver en los quince años que llevamos aquí, que ahora los hará por San Miguel, quién ha tenío que venir á darle liciones, y si esta güerta, dicho por boca de toó el mundo, no es la mejor apaná del pago.

—Dice usted muy bien—contestó Pío Cid,—y no estaría de más que vinieran á Granada cincuenta ó cien labrantines de la sierra, de esos que como usted están acostumbrados á penar, para que despabilaran á estos labradores regalones del llano, que se pasan la vida

en el café hablando mal de los tiempos que corren, en vez de cuidar de sus haciendas y doblar la raspa cuando fuera menester.

—¡Dios me valga, D. Pío!—dijo el tío Rentero,—y cómo está osté enterao de toico lo que pasa, que paece mesmamente que se lo soplan en las orejas.

—Hombre—añadió Pío Cid,—eso que digo pasaba en mis tiempos, y creo que todo se guirá igual ó peor. A mí no me gusta que nadie ande á gáscas, pero tampoco puedo tragar á los labradores de á caballo, que algunos necesitan cuarenta marjales para costearse las patillas, mientras usted con treinta saca la tripa de mal año, y hasta me figuro que la Rentera tendrá un calcetín lleno, y no de paja.

—Eso sí que le digo á osté—contestó la vieja poniéndose en jarras y meneando la cabeza—que va osté escaminao. ¿Sabe osté lo que tengo yo? Pus que la semana pasá paguemos las contribuciones, y tuve que sacar el trapiyo, y faltaron cuarenta riales que mus prestó el tercenista pa no pagar costas. Pero osté dirá que aquí semos selvajes, porque ahora caigo en que le tenemos ahí jecho un plantón. Hijo, Celiornio, trae una banquetta para que el señón Pío se asiente.

—No se molesten—dijo Pío Cid,—que he estado sentado veinticuatro horas en el tren y estoy de pie más á gusto. Además, ya ven que no pierdo el tiempo ni me ando con cumplidos.

Esto lo decía Pío Cid porque mientras hablaba iba cogiendo habas verdes del serón, abriendo en canal las vainas y comiéndose las pepitas, después de descogotarlas con el pulgar.

—Si le gustan á osté las jabas crúas—dijo el tío Rentero,—yo le daré más mollares. Oye tú, Meregirdo, alárgate por un brazao de jabas de las más tierneccicas pa D. Pío. Verá osté qué cañuticos, que paece que están en leche.

—Más mejor será—dijo la vieja Rentera—que si D. Pío se quea pa más tarde, le jaga yo una fritaiuca con güevos y algún torrezno por entremedias.

—Cuando vuelva del viaje—dijo Pío Cid—vendré un día á comer; pero hoy no tengo tiempo. Voy con su marido á dar un vistazo á la labor, y luego me iré á almorzar á mi casa, y á arreglar algunos asuntillos.

A pesar de lo dicho, cuando salió Pío Cid de la huerta no se lo llevaría el viento, pues, quieras que no, tuvo que tomar varias cosillas, que eran un almuerzo más que regular. Más de las once serían al llegar á su casa de vuelta de la excursión matutina, y antes de las doce, después de adecentarse un poco, se encaminó al Gobierno civil á hablar con el gobernador, á quien tenía grandes deseos de conocer, no por interés político, sino por salir de dudas acerca de si el que desempeñaba el cargo, que se llamaba D. Estanislao Mira-

les, tenía algo que ver con otro Estanislao Miralles que él conoció en Inglaterra hacía muchos años, y al que, por más señas, le cedió el puesto que tenía en una casa de comercio importadora de frutas de España. No era probable que ambos Miralles fuesen una misma persona, porque su antiguo amigo era un comisionista de mala muerte, que se había marchado de Valencia, su tierra, en un buque mercante, poco menos que de limosna, y que anduvo rodando de Ceca en Meca, hasta que le cayó como bendición del cielo la colocación que Pío Cid dejó para emprender un negocio de más fuste. Pero, de todos modos, el hecho de ser los mismos el nombre y el apellido le inspiró cierta curiosidad que no hubiera sentido sin esta circunstancia. Fué recibido apenas se hizo anunciar, y no obstante ir sobré aviso, le sorprendió grandemente ver que le salía al encuentro con los brazos abiertos el antiguo comisionista, que ahora tenía todo el aire de un caballero, y no de un caballero recién salido del horno, sino de un noble rancio, en el que se aliaban tan bien la distinción con la naturalidad y la llaneza, que no había medio de descubrir á primera vista las soldaduras.

—Desde que supe que venías á tu elección—fué lo primero que dijo abrazando á Pío Cid, —estaba deseando que llegaras para ver la cara de sorpresa que ponías al encontrarme en este lugar. Yo decía que Pío Cid no podía

ser nadie más que tú; ¿no te ha ocurrido pensar que yo fuera tu viejo amigo?

—Hombre—contestó Pío Cid,—se me ocurrió pensarlo, y después me pareció que esto no podía ser, no porque tú no fueras capaz de llegar á gobernador y hasta á ministro, sino por lo distante que te dejé de estos cargos, y porque me parecía una coincidencia casi novelesca que nos hallásemos aquí reunidos en un mismo guisado, después de correr tantos años por el mundo.

—Tú habrás corrido—replicó D. Estanislao,—que yo no di más que una carrera, que sirvió por todas; y si á alguien se lo debo, después que á mi protectora la Duquesa, ó quizás antes, es á ti, que me pusiste en el sitio donde me sopló el viento de la fortuna. Y tú, ¿qué tal? Por lo que veo, no debes tener queja.....

—No la tengo—contestó Pío Cid;—la fortuna no me ha soplado, ó me ha soplado en contra; pero sus soplos me tienen sin cuidado, porque yo me voy defendiendo, y estas son las horas en que no tengo nada que apetecer.

—Pero tú debes haber danzado de lo lindo fuera de España—dijo D. Estanislao,—pues durante varios años no he oído tu nombre ni para bueno ni para malo. Tanto es así, que temía que te hubieras muerto, después que recibí devueltas dos cartas que te escribí á Hamburgo, si mal no recuerdo.

—De todo ha habido, como en botica—res-

pondió Pío Cid, eludiendo este tema;—pero me has metido en curiosidad con lo que has dicho de una duquesa protectora tuya. Yo creía que ya no se encontraba una duquesa en el mundo ni por un ojo de la cara.

—Pues yo la encontré, joven y guapísima y generosa—dijo D. Estanislao;—pero ante todo te advierto, aunque lo creó excusado, que á nadie le diría lo que te digo á ti, pues aunque no hay nada misterioso en la historia, siempre hay gente amiga de dar á las cosas una torcida interpretación.

—¿De qué se trata, pues?—preguntó Pío Cid.

—¿Tú conoces á la Duquesa de Almadura?—preguntó á su vez D. Estanislao.

—La conozco de oídas, por un amigo—contestó Pío Cid, aludiendo á Gandaria.—Es decir, no sé más sino que dicen que es una señora de conducta poco ejemplar; por lo menos, algo extravagante; pero esto no es saber nada, porque yo no doy crédito á las habladurías; al contrario, cuando oigo criticar á alguien, empiezo á suponer que este alguien es alguien, es decir, que es una personalidad, lo más malo que se puede ser para el vulgo anónimo.

—Pues nunca anduviste más acertado que en esta ocasión—dijo D. Estanislao,—porque la Duquesa es una mujer de extraordinario mérito. Yo la he visto cometer tales ligerezas, que me pareció que no estaba en su cabal juicio; y luego he observado tales rasgos de

virtud, que la juzgué digna de que la canonizaran ó poco menos; y en suma, después de conocerla bien me he quedado sin conocerla, y lo único que digo es que la Duquesa de Almadura es una mujer excepcional.

—Y ¿cómo fué conocer tú á esa señora?—preguntó Pío Cid.

—Del modo más natural del mundo—contestó D. Estanislao.—Fuí á Nueva York á hacer un convenio para reexpedir uva de embarque, de la que recibíamos de Almería; arreglé el asunto y de regreso conocí en el vapor á la Duquesa, que había ido á América con el Duque (que, acá para entre nosotros, es un estúpido) y se volvía sola, después de un rompimiento, que no era el primero ni será el último, pues los hay con frecuencia en el matrimonio. No había á bordo más español que yo; y la Duquesa, á cuyas órdenes me puse en cuanto leí su nombre en la lista de pasajeros, agradeció tanto mis atenciones, que antes que terminase el viaje me habló de la falta que le hacía un hombre de confianza que fuese español y entendido en idiomas y un poco en toda clase de negocios, pues todos los criados que tenía, á excepción de una doncella, eran extranjeros. Yo me decidí en el acto á ofrecerle mis servicios, diciéndole cuáles eran mis ocupaciones y lo cansado que estaba de ellas, y hablándole de mis buenos antecedentes. Nada de eso necesito, me contestó la Duquesa; á mí me basta la primera impre-

sión, y usted me ha parecido un joven inteligente y formal; de suerte que si usted lo desea, puede desde ahora contar con una colocación segura y de porvenir, pues si usted se conduce bien, como yo lo espero, y más tarde queda vacante el puesto de administrador, usted sería el elegido.

Me despedí de la casa de comercio y me reuní en Ostende con la Duquesa, entrando desde entonces á su servicio. La acompañé á París; y como conocí que mi nueva ama era mujer de pocos escrúpulos, la llevé por muchos curiosos escondrijos que ella no conocía y deseaba conocer, más por curiosidad que por inclinación á la vida alegre y licenciosa. Y lo que ella estimaba más era que, á pesar de la intimidad con que debíamos tratarnos en nuestras nocturnas excursiones, algunas á los tugurios peor famosos de París, yo nunca me tomé el menor asomo de libertad, aunque ella, quizás intencionadamente, y por probarme, me dió pie para que yo me atreviera. Tuve el acierto de estarme siempre en mi sitio y conservar la distancia debida, porque aun en el caso favorable de que la Duquesa hubiera tenido por mí un momento de flaqueza, al pasar éste, mi papel habría terminado. Pocos hombres hubieran imitado mi proceder, puesto que la Duquesa es una mujer rara como no hay otra, y quizás su defecto mayor es la coquetería, una coquetería natural, de la que yo creo que ella misma no puede corre-

girse, y que no es la simple vanidad de ser admirada y celebrada, sino el deseo de hacer daño, de trastornar á los hombres, altos y bajos, por el gusto de reirse de ellos. Contra su coquetería no era prudente, ni cerrar los ojos, porque lo tomaría á menosprecio, ni contestar como un enamorado, porque lo tomaría quizás á ofensa, siendo yo tan insignificante sujeto como era entonces. Así, pues, sin pretensiones de doctor en materia de galantería, tuve el tacto de dar con cierta admiración respetuosa que salvó los dos escollos y me ganó la voluntad de la Duquesa. Fuí su hombre de confianza y casi como de la familia, y llegó á confiarme hasta sus secretos más graves; á poco de venir á Madrid me encargó de la administración de sus bienes, de acuerdo con el Duque, de quien yo tampoco tengo motivos de queja ni para decir de él nada malo, sino es que, á pesar de sus pretensiones de político sagaz y hombre chispeante, es un zoquete. Como administrador, tuve ocasión de granjearme grandes amistades en los varios pueblos donde los Duques (ó mejor dicho, el Duque, pues la Duquesa, aunque noble, era pobre antes de casarse) tienen sus haciendas, y no me fué difícil salir diputado. Si voy á decir verdad, la idea de serlo me la inspiró uno de los mayordomos, que fué el encargado de mangonear la elección, y ésta fué del agrado de la Duquesa, puesto que así, aunque la ley prohiba á las mujeres formar parte del

Parlamento, ella podía decir que tenía participación en las Cortes, por estar mi voto, como mi persona, enteramente á su servicio. Dos veces he sido diputado, y ahora me han hecho gobernador, y no sé aún adónde iré á dar con mis huesos; pero sea cual fuere mi porvenir, me contento con lo presente, y casi estaría por creer que la suerte me ha favorecido demasiado, si no fuera porque conozco á otros que valen menos que yo y á los que ha favorecido más.

— Todo lo que has dicho — contestó Pío Cid — me ha complacido en extremo, y ahora veo claro por cuán naturales y sencillos caminos has llegado á ser gobernador de esta provincia. Lo único que no me ha gustado del todo es la frialdad y el cálculo constante con que procediste con la Duquesa. Si no estabas enamorado, comprendo que estuvieras atento á tu conveniencia y que no perdieras neciamente la buena fortuna que el azar te había deparado poniéndote al servicio de tan ilustre y rica señora; pero si estuviste enamorado y sacrificaste tu amor cuando tenías esperanzas de satisfacerlo, aprovechando un instante de debilidad de la veleidosa y casquivana Duquesa, y no te sacrificaste por respeto á la confianza que en ti hacían, sino por miedo de perder un sueldo más ó menos crecido, hiciste muy mal, á mi juicio; porque el amor debe ser colocado sobre todas las cosas humanas, y yo, puesto en tu lugar, hubiera jugado el

todo por el todo, y quién sabe si hoy, en vez de gobernar una provincia, gobernaría el corazón de una mujer tan ingobernable como, por las señas, es el de tu protectora. Pudiste ser amo, y te contentaste con ser protegido; yo hubiera preferido volver al escritorio donde tú estabas, á trueque de poder saborear el recuerdo de una aventura de amor, en la cual, aunque un hombre sea derrotado, saca siempre el galardón de haberse puesto á la altura de la mujer amada.

— Ya veo — dijo D. Estanislao — que el tiempo no te ha curado de tu romanticismo, y que ahora que te dedicas á la política, como cuando te dedicabas á los negocios, sigues fantaseando de lo lindo. Yo no sé si me enamoré ó no me enamoré de la Duquesa, aunque cualquiera podía enamorarse; si tú la conoces ahora que tiene treinta y cinco años, te puedes figurar cómo sería cuando tenía veinticinco, que fué cuando yo la conocí; y entonces era, y hoy es, una mujer capaz de entusiasmar á un corazón de hielo; pero yo he creído siempre que lo primero que debe saber un hombre es colocarse en el sitio que le corresponde, y si yo me hubiera metido en la aventura que á ti te seduce, probablemente me hubiera puesto en ridículo y tendría que vivir aún entre cajas de uvas, naranjas y limones. Si tú llegaras á tratar á la Duquesa, verías si estoy en lo firme; ya te digo que se complace en aparecer como mujer ligera y

hasta liviana; pero yo pondría la cabeza porque cuantos se hayan atrevido á pasar la raya han sido chasqueados. Si tú deseas conocerla, yo te ofrezco una ocasión cuando vuelvas á Madrid, pues pienso enviarle un objeto de arte y quisiera enviárselo con algún amigo, para mayor seguridad y para dar mayor realce á la cosa, que realmente lo merece.

—¿Qué objeto es ese?—preguntó Pío Cid; y añadió:—No hay que decir que yo lo llevaré, aunque no sea más que por complacerte, y un poco por curiosidad.....

—Es una cruz de plata repujada—contestó D. Estanislao.—Ya verás qué labor tan admirable. Te advierto que la Duquesa es apasionada del arte y protectora de los artistas, y que, en particular, tiene manía por el arte antiguo. Yo le he enviado ya varios objetos de estilo árabe, y ahora me ha caído en las manos esta cruz, que, según los inteligentes, es una verdadera joya. Aunque soy profano en la materia, me parece un regalo digno, no ya de una duquesa, sino de la reina misma en persona.

—Pues quedamos conformes—dijo Pío Cid satisfecho;—y si salgo diputado, te ofrezco llevar la cruz envuelta en el acta para que no se estropee.

—Hombre, es verdad—dijo D. Estanislao;—soy tan egoísta que hasta ahora no te he hablado más que de mí, y justo es que te entere de lo que más te interesa. No creas—

agregó tocando el timbre y llamando al secretario, quien volvió á poco con unos papeles—que me he descuidado, pues apenas supe que tu nombre entraba en el juego, he apretado las clavijas todo lo que he podido, y te tengo arreglada la elección que no hay más que pedir. Mira aquí en este papel la lista de los votos de todos los pueblos del distrito, con indicación de los que son seguros á tu favor, por estar ya convenidas las actas con los alcaldes. Hay pueblos que los dan todos, y otros que los dividen, porque tienen compromisos con la oposición; y, en resumen, según puedes ver, tienes la mayoría asegurada. Es decir, contando los votos seguros, te faltan sólo siete para triunfar, y quedan dos pueblos en blanco, que son Aldamar y Seronete. De este último me han ofrecido la mitad de los votos, aunque no tengo confianza, porque es el pueblo donde tienen la mayor parte de su hacienda los Cañaverales, y á última hora puede volver las espaldas; pero nos queda Aldamar, que da la votación más importante, y donde tú debes tener algunos amigos; así, pues, si vas allá y consigues siquiera una veintena de votos, triunfas sin necesidad de molestarte mucho. Yo he querido comprometer al alcalde de Aldamar para que me asegure los votos que faltan; pero es un sujeto duro de pelar, porque creo que es el único de la provincia que lo lleva todo en regla, no por sí, sino por el secretario, que es un pez muy largo, con el

que te recomiendo que te entiendas..... Item más—prosiguió D. Estanislao, mientras Pío Cid le escuchaba con atención:—debes andar con cuidado con los Cañaverales, pues aunque se dice que se hacen la guerra, yo creo que todo es pura camama.

—Eso mismo creía yo—interrumpió Pío Cid;—conozco á D. Romualdo y sé los puntos que calza, y cuando le he visto empeñado en que yo me presente, he pensado que su empeño no tiene más explicación que su deseo de impedir que se presente otro enemigo más temible. El cambio de casaca ha tenido por objeto asegurarse él un puesto en el Senado y traer al Congreso á su primo, con lo cual habrá un Cañaveral en cada Cuerpo colegislador; y si quieres que te diga—añadió bromeando,—me alegraría de que se salieran con la suya, porque en este régimen hueco que gozamos, el símbolo más propio de una Asamblea política sería un haz de cañas secas.

—No hay que echar á chacota estos asuntos—dijo riendo D. Estanislao,—porque al fin tú te vas á gastar algún dinero y no es cosa de que jueguen contigo esos palurdos.

—Es que yo no tengo interés en ser diputado—replicó Pío Cid,—y vengo casi por carambola y sin ganas de gastar los cuartos que me va á costar la excursión, no estando, como no estoy, para estos derroches.

—¿Cómo es eso?—preguntó D. Estanislao;—¿andas mal de fondos?

—No ando mal, pero tampoco bien—contestó Pío Cid;—tengo que trabajar para comer, y aunque no me falta, tampoco me sobra.

—Y ¿en qué trabajas?—insistió D. Estanislao.

—Trabajo para editores, escribo en algún periódico y también doy lecciones; en suma, hago todo lo que es menester para sacar setenta ú ochenta duros al mes, pues con menos no se puede vivir en Madrid. Tenía un empleo seguro, pero lo dejé hace poco.

—Pues siendo así—dijo D. Estanislao,—razón de más para que no te descuides; porque la diputación te abriría camino, y si D. Bartolomé de la Cuadra te protege con el mismo interés que demuestra por tu elección, puede darte un gobierno y hacerte hombre.

—De eso se trataba—dijo Pío Cid;—pero yo no estoy decidido á salir de Madrid ni á aceptar ningún cargo.

—En fin—concluyó D. Estanislao,—lo importante es que salgas bien de la elección, y si no sales no será por culpa mía, porque tu distrito es el que mejor he trabajado. Si tú aseguras una docena de votos en Aldamar, el acta es tuya; del resto respondo yo.

Separáronse después de recordar de nuevo su amistad y de ofrecerse sus mutuos servicios, y Pío Cid vino á buscarme al Liceo, donde yo le esperaba jugando una partida de billar, y nos fuimos los dos dando un paseo ha-

cia la Plaza Nueva, para hacer hora de comer, puesto que habíamos quedado en comer juntos en la Alhambra. Yo había invitado también á algunos amigos míos, con los que nos reunimos en el Centro Artístico, y les presenté á Pío Cid, á quien ninguno conocía. Sólo Feliciano Miranda, que era de la misma edad, le recordaba como antiguo discípulo, y aunque no le había tratado, porque Pío Cid no tuvo nunca estrechez con nadie, nos habló muy bien de él; y nos aseguró que había sido un estudiante aventajado. Además de Miranda, vinieron con nosotros Paco Castejón, Perico Moro, los dos Monteros y el viejo Gaudente, con lo que nada faltó para que pasáramos la tarde divertidísima. Casi todos mis amigos eran literatos y artistas de fama; de suerte que la comida se pasó discutiendo sobre literatura, y en particular sobre la magna cuestión del colorismo en el arte. Para los postres estaba anunciada la lectura de artículos y poesías de casi todos los comensales. Miranda, que además de ser hombre muy simpático y ocurrente, escribía cuadros de costumbres de mano maestra, nos había ofrecido leernos una novelita titulada *La Cáscara amarga*; Gaudente, el viejo, era inventor felicísimo de un género de composiciones que él llamaba «chupaletinas», é iba á leer por centésima vez algunas muy célebres, en las que desfogaba su genio satírico con gracia inimitable; y, por último, el joven Moro lleva-

ba varios fragmentos de un poema descriptivo, del que se hacía lenguas toda la reunión. Pero la llegada de dos nuevos amigos á última hora cambió el programa de la alegre fiesta, y todos los asuntos literarios quedaron arrollados por la gran noticia del día. Los que llegaron eran el periodista Juan Raudó, el hombre mejor enterado de todo lo que ocurría en todas partes, y mi buen amigo Antón del Sauce, cabeza visible del impresionismo granadino, y, como quien dice, la mayor autoridad literaria de Granada, puesto que en esta ilustre ciudad sólo se vive de impresiones. Raudó venía deseoso de anunciar á la asamblea la noticia que traía, y en cuanto nos saludó se bebió sin ceremonia un monumental vaso de vino para dejar expedita la garganta, y con aire misterioso dijo:

—Señores, mañana les va á sorprender á ustedes algo que leerán en el periódico, algo de que se hablará pronto en toda España.

—De fijo que éste nos quiere tomar el pelo—dijo Miranda.

—No será mala la tomadura si llevamos á cabo el descubrimiento—afirmó solemnemente Raudó.—Tomaremos oro bastante para pagar la deuda pública, y nos sobrará para acuñar unos cuantos millones de onzas de las antiguas, que no se las encuentra ya ni con la linterna de Diógenes.

—Ea, déjanos de guasas—interrumpió Castejón, con su voz turbia y cascada por el abu-

so de los espirituosos.—Lee tú, Feliciano, esa novelilla de que nos has hablado.

—¿Qué guasa ni qué niño muerto?—gritó furioso Raudo.—Se trata de una verdad más grande que un templo. Me parece á mí que el doctor Medialuna es un arabista de fama casi universal, y cuando lanza á la publicidad, bajo su firma autorizada, la versión del manuscrito árabe descubierto por él, hay que ser respetuosos siquiera.....

—Pero vamos por partes—interrumpió el viejo Gaudente.—¿Se trata de papeles ó de dineros? Si es de papeles viejos, creo en Dios Padre; de eso están llenos los archivos, y como nadie los entiende bien, cada uno los interpreta á su modo, y les hace decir lo que le da la gana; pero si es de dinero, y para mayor escarnio de oro, eso pertenece á la historia antigua. En Granada no queda más oro que esta onza que llevo yo en el bolsillo del chaleco para que no me hagan mal de ojo.

—Pues, amigos míos, de eso se trata—exclamó Raudo.—Ahora sí que se puede decir que vivimos sobre un volcán, sobre un volcán de riquezas; porque aquí mismo en este cerro, debajo del palacio árabe que está á dos pasos, se encuentra escondido el tesoro de Alhamar. Ahora que yo lo digo parece esto un disparate; pero ya leerán el trabajo que empieza mañana á publicar el periódico, y todo lo verán llano como la palma de la mano. Alhamar tuvo, durante los años que reinó, más de cuatro

mil hombres ocupados constantemente en lavar las arenas del Darro, que entonces no era lo que ahora, cuando sólo quedan los desechos; entonces, señores míos, traía más oro que arena, ó, por lo menos, la mitad de cada cosa; y la enorme cantidad de oro extraído fué depositado en un subterráneo de esta misma montaña, que por eso se llamó Alhambra, es decir, montaña dorada, y no roja, como algunos ignorantes habían traducido; y ese oro debía servir para construir un palacio maravilloso, que por desgracia se quedó en proyecto, como tantas cosas de nuestro país.

—De suerte—dijo Perico Moro, con tono zumbón,—que el alcázar que hoy existe lo construyeron provisionalmente.

—No, señor—contestó Raudo;—ese alcázar fué destinado en un principio á los guardiánes del tesoro; no era un palacio real; fué más bien una fortaleza que sirvió de tesorería, ó como si dijéramos, fué el Ministerio de Hacienda del reino de Granada.

—Y las inscripciones de ese palacio, ¿cómo se explican entonces?—preguntó cándidamente el menor de los Monteros.

—Se explican mucho mejor que ahora—replicó Raudo.—Así, por ejemplo, el tan sobado «sólo Dios es vencedor», sostiene el doctor Medialuna que quiere decir «sólo el oro es vencedor», inscripción adecuada, á más no poder, para una tesorería. Alah debe entenderse en un sentido metafórico, y esto es lo